

Cervantes, educador, consejero y buen amigo

Guillermo VERDÍN DÍAZ

Profesor Emérito
City University of New York
gmverdin@cox.net

Recibido: 1 marzo 2005

Aceptado: 11 abril 2005

RESUMEN

Cuando se enseña deleitando, como hace Cervantes en su obra *Don Quijote*, no es difícil ver en él al educador, al consejero y al amigo. Si las dos primeras cualidades son obvias, la tercera, la de amigo, se desprende de ellas. Cuando un educador aconseja y busca con ilusión la verdad para enseñarla, automáticamente se convierte en amigo, en un buen amigo, y para toda la vida. Para Cervantes, la verdad—continuada la filosofía moral del Humanismo— la profunda verdad, radica en la virtud, base de la perfección humana. De aquí la importancia vital de los consejos para el alma y también para el cuerpo.

Palabras clave: Cervantes, educador, consejero, amigo, virtud, cuerpo y alma.

Cervantes, educator, advisor and good friend

ABSTRACT

When somebody teaches offering pleasure and instruction, as Cervantes does in his masterpiece *Don Quixote*, it is not difficult to see him as the educator, the advisor and the friend. While the first two qualities are obvious, the third, that of the friend, can be inferred from the other two. When an educator emphasizes and enthusiastically searches for the truth, he automatically becomes a good and life long friend. For Cervantes—in keeping with the humanistic moral philosophy—the truth, the deep profound truth, takes root in the virtue, the basis of the human perfection. Here in lies the vital importance of the advice for the body and soul.

Key words: Cervantes, educator, advisor, friend, virtue, soul and body

Cervantès éducateur, conseiller et bon ami

RÉSUMÉ

Quand on enseigne d'une façon amène, comme Cervantès fait dans son oeuvre *Don Quichotte*, il n'est pas difficile de voir en lui l'éducateur, le conseiller et l'ami. Si les deux premières qualités sont évidentes, la troisième, celle d'ami, elle en émane des précédentes. Quand un éducateur conseille et cherche avec illusion la vérité pour la montrer, il devient automatiquement un ami, un bon ami, et pour toute la vie. Pour Cervantès, la vérité—d'accord avec la philosophie morale de l'Humanisme— la vérité profonde, réside dans la vertu, base de la perfection humaine. Voilà l'importance vitale des conseils pour l'âme et aussi pour le corps.

Mots clés: Cervantès, éducateur, conseiller, ami, vertu, corps et âme

Para los educadores, sobre todo para aquellos que se complacen en el principio clásico de enseñar deleitando, *Don Quijote* es el libro ideal. Y es que enseñar deleitando parece ser, y lo es, la orientación fundamental trazada por Cervantes, no solamente en el *Quijote*, sino también en las *Novelas Ejemplares*, en el *Persiles y Sigismunda*, y en general en toda su obra. Lo atestiguan sus personajes. Lo confirma el mismo Cervantes en el prólogo a la segunda parte de la obra cuando, con un agudo guiño —“picarescamente monetario”— se inventa aquello de que el gran emperador de la China le pedía que le enviase el libro para enseñar el castellano (claro está que a los chinos):

porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de *Don Quijote*. Juntamente con esto me decía que fuese a ser yo el rector de tal colegio (II, dedicatoria al Conde de Lemos, p. 534).

Es difícil de entender qué nubarrones habrán soplado para que esa aguda insinuación cervantina no haya cuajado en su propio país donde a lo largo de los años una mayoría, que se supone más que medianamente educada, habla de *Don Quijote* sin haberlo leído y sin habersele sido enseñado.

Quizás la razón de fondo, a pesar de haber pasado más de cien años, esté aún latente en el juicio —siempre emotivo y polémico al hablar de Cervantes y del *Quijote*— de Don Miguel de Unamuno en uno de sus ensayos publicado en 1899:

En Inglaterra se rinde culto a Shakespeare. ¿Ocurre aquí algo parecido con Cervantes? Y el *Quijote* debería ser nuestra Biblia nacional, un texto siempre leído y siempre comentado, y no a lo Clemencín. Rebuscadores eruditos han caído sobre el *Quijote* y han intentado hasta descifrarlo, y toda una legión de masoretas; pero videntes que hayan recorrido sus páginas como el relato de una realidad, de una tremenda realidad histórica y no de una ficción novelesca, ¿cuántos? (Unamuno, 1958, III, p. 110)

Quienes ya en 1515 confirman seriamente, y de manera oficial, el valor educativo del libro son los encargados de la lectura, censura y aprobación de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*: el Doctor Gutierre de Cecina, el Maestro Josef de Valdivielso y el Licenciado Márquez Torres. Este último viene a ampliar lo que han aprobado los anteriores, que no hay nada en el libro:

...ni que disuene de la decencia debida a buen ejemplo, ni virtudes morales, antes mucha erudición y aprovechamiento. Y alaba diversos aspectos educativos del libro destacando, entre otros, la mezcla de lo útil con lo dulce y la lisura del lenguaje castellano no adulterado con enfadosa y estudiada afectación (II, ps. 528-29). [El subrayado es nuestro.]

Son posiblemente los juicios más tempranos a favor de Cervantes y su servicio a la lengua castellana y a la educación. Todo un lujo de elogios.

Tanto por la orgullosa proclamación de Unamuno de que *El Quijote* “debería ser nuestra Biblia Nacional, un texto siempre leído y comentado”, como por el valor educativo y lingüístico subrayado por los mencionados censores de la segunda parte de la obra, no es de extrañar que en las universidades norteamericanas, ya desde 1919, los

hispanistas fundadores de la sociedad hispánica *Sigma Delta Pi* —siglas pertenecientes a *Spanías Didagēi Proágomen*, cuya traducción quedó establecida en 1925, nada menos que como *Prosigamos bajo la inspiración de España*— hayan escogido, como modelo inspirador para una adecuada educación y enseñanza de la lengua española, a Cervantes, y como norte de conducta moral, a Don Quijote. Su lectura es obligatoria para todo estudiante universitario en la modalidad de español.

En la solemne ceremonia de iniciación, a los estudiantes se les recuerda a los clásicos y se leen variadas composiciones que, en su mayoría, inciden en esa importancia y admiración hacia Cervantes y hacia Don Quijote, entre ellas, las de Rubén Darío, el *Soneto a Cervantes*, su buen amigo..., cristiano y amoroso caballero que habla como un arroyo cristalino, y *Las Letanías de Nuestro Señor Don Quijote*:

por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios (Rubén Darío, 1961, p.777).

así como trozos de la *Vida de Don Quijote y Sancho* de Don Miguel de Unamuno, exaltador de Don Quijote por su firme decisión, esfuerzo y ánimo en la lucha por la verdad y la justicia. Como colofón final se lee a Cervantes y sus consejos para el alma y el cuerpo.

Pero Cervantes no sólo es el buen amigo de los grandes clásicos y de los que disfrutamos a lo largo de nuestra vida universitaria enseñando “sus enseñanzas” y aprendiendo de él siempre, sino que también, amén de otras virtudes, es el buen asesor y el excelente consejero. Sus consejos se extienden a todo y a todos. Unos no salen de su asombro, otros se sorprenden, y todos se admiran, desde la selecta concurrencia que en la venta, y durante la cena escuchan el discurso de las armas y las letras de Don Quijote —*olvidándose de llevar bocado a la boca*— al Caballero del Verde Gabán y al erudito Canónigo.

Con razón acaba diciendo la sobrina, después de esforzarse inútilmente en convencer y rebatir los argumentos de Don Quijote, tanto ella como el ama, para que abandonase la disparatada idea salir de nuevo en busca de aventuras:

¡Válame Dios! ¡Que sepa vuestra merced tanto, señor tío, que, si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito e ir a predicar por esas calles...” (II, 6, p. 579).

En el mismo capítulo, después de hablar de los diversos linajes, de los caballeros y de sus virtudes, y de rematar sus razonamientos con un terceto de Garcilaso, la sobrina explota en un:

¡Ay, desdichada de mí, que también mi señor es poeta! Todo lo sabe, todo lo alcanza; yo apostaré que si quisiere ser albañil, que supiera fabricar una casa, como una jaula (II, 6, p. 582).

Y Sancho hablando consigo mismo, admirado de los consejos que acababa de dar a Basilio, se decía para sus adentros:

Este mi amo cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que pudiera yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando empieza a enhilar sentencias y a dar consejos, no sólo puede tomar púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a ¿qué quieres boca? ¡Válate al diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! Yo pensaba en mi ánimo que solo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada” (II, 22, p.695).

Y en la aventura del rebuzno, sorprendido de tanto razonamiento por parte de Don Quijote, exclamaba:

El diablo me lleve —dijo a esta sazón entre sí— si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, que lo parece como un huevo a otro (II, 27, p. 743).

Que todos se sorprendan de la sabiduría y profundidad de sus discursos y sus consejos no es de extrañar, Cervantes no inventa. No hace otra cosa que recoger, continuar y llevar a la práctica, eso sí de manera única y maravillosa, la tradición humanista, esencialmente cristiana, del Renacimiento, enraizada en el pensamiento clásico grecolatino y girando en torno a una preocupación fundamental: el hombre y sus valores morales.

En la filosofía griega, ya desde los tiempos de Sócrates, se nos afirma la supremacía del alma en el hombre y el origen sobrenatural de la misma. El alma se caracteriza por el rechazo de las cosas materiales, y se distingue por la aspiración a la perfección espiritual de sus orígenes. Platón, por otra parte, añadía que el fin inmediato del hombre en esta vida, en consonancia con la naturaleza espiritual de su alma, es tratar de semejarse lo más posible a la Idea Suprema, de donde procede, y que es, a la vez, la fuente de toda perfección. Y que el fin último del hombre —la felicidad en la vida futura— sería la contemplación de ese mundo sobrenatural de las ideas, donde moran conjuntamente el Bien, la Verdad, la Belleza y la Suprema Inteligencia.

Aristóteles, pilar de la filosofía y teología cristiana escolástica, establecía en la virtud y en la perfección moral el fin más importante del hombre. Pensamientos todos ellos paganos, pero gratísimos en la consideración de cualquier doctrina por su insuperable sentido de la perfección ética. Este es el pensamiento que influyó en la formación intelectual y espiritual de Cervantes a través de la filosofía moral renacentista —recuérdese la importancia de la traducción, del griego al latín, y los comentarios de Leonardo Bruni a la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, y la *Philosophia Christi* de Erasmo de Rotterdam. No cabe duda que Cervantes, que había básicamente asimilado esa cultura clásica, la completa y enriquece con la doctrina y el pensamiento cristiano del *Antiguo y Nuevo Testamento*, *Epístolas de San Pablo*, *Padres de la Iglesia*, y *Mística española*. La preocupación por el bien, por la libertad, por la justicia, por la verdad, por la belleza y por la riqueza moral, cifradas en la virtud, son una constante en Cervantes. En *Don Quijote*, una y otra vez, insiste en ellas machaconamente desde el principio hasta el fin de la obra, prácticamente siempre que puede, o a través de sí mismo o por boca de sus personajes.

Cuando Cervantes nos presenta a Sancho por vez primera, lo hace de una manera muy sutil, pero tremendamente crítica y expresiva desde el punto de vista ético:

En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien –si es que este título se puede dar al que es pobre... (I, 7, p. 79).

Lo misma sutileza usa cuando se refiere a Dulcinea:

Y así, bástame a mi pensar y creer que la buena Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo de linaje importa poco, que no han de ir a hacer la información para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo (I, 25, p.246).

Así razona y se defiende Marcela contra los ataques e inculpaciones de que es objeto por no acceder a los deseos de los que la persiguen por hermosa y que se creen con derecho a poseerla sin tener en cuenta ni su pensamiento, ni su libertad:

Y, así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérselo dado la naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado o como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo aunque lo sea no debe parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adorna y hermosea, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa por corresponder a la intención de aquel que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos (I, 14, p.131).

Y así se manifiesta Don Quijote con su sobrina y con el ama, al explicarles cómo entre los linajes de los hombres hay una gran confusión, o mal entendido, y cómo solamente pueden considerarse como grandes e ilustres hombres a aquellos que lo muestren en su virtud, no en sus vicios, en la grandeza liberal de espíritu, y sobremanera en la calidad paulina:

De todo lo dicho quiero que infiráis, bobas mías, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes e ilustres que lo muestran en la virtud, y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, y comedido, y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y, sobre todo, caritativo...; y siempre la alabanza fue premio de la virtud y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados (II, 6, p. 581).

Y más adelante hablando con Sancho acerca de la fama, contraponen la fama de este mundo —tan estimada, pero tan perecedera— a la fama de otro mundo, celestial y eterna. A esta última hay que aspirar, y al caballero cristiano para conseguirla no le queda otra alternativa que luchar por la perfección moral a que está obligado:

Así, ¡oh, Sancho!, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros (II, 7, p. 594).

Los ejemplos de este infatigable luchador de la virtud son abundantísimos; el espacio de que se dispone, obviamente, para este propósito, escaso, aunque paradójicamente suficiente. Es de pura lógica pensar que si Don Quijote trata de ayudar y dar consejo a todos, lo haga de manera especial cuando se trate de Sancho, su escudero y sobre todo, fiel amigo. Sancho es el hombre pobre, analfabeto, que se presenta sin saber leer ni escribir, pero bueno y de una gran inteligencia natural, y al que Don Quijote trata de ir formando como escudero y en su fuero interno como su posible y hasta digno sucesor.

Esa nobleza de condición de Sancho hace que, con el paso del tiempo, cada vez vaya dando más muestras de agradecimiento y amor hacia Don Quijote. A las consideraciones de Tomé Cecial sobre su amo el caballero de los Espejos, tonto, pero valiente, y más bellaco que tonto y que valiente, rápidamente responde Sancho:

Eso no es el mío: digo, que no tiene nada de bellaco; antes tiene un alma como un cántaro, no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en mitad del día, y por esta sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle por más disparates que haga (II, 13, p. 627).

Maravilloso ejemplo, enternecedor. Y mucho más adelante, a la pregunta de la Duquesa, de cómo es posible que crea y siga a Don Quijote, *pues es loco, menguado y mentecato*, responde Sancho sin titubear:

Esta fue mi suerte, y ésta mi mal andanza; no puedo más; seguirle tengo: somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, diome sus pollinos y, sobre todo, yo soy fiel; y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón (II, 33, p. 784).

Si Sancho tiene ese concepto de Don Quijote que llega hasta afirmar que solamente la muerte será capaz de apartarlo de Don Quijote, Don Quijote también siente una natural y afectuosa admiración por Sancho y, aunque no pocas veces se enfada con él, y fuertemente, Sancho sigue siendo su amigo, al que en no pocas ocasiones califica de bueno, cristiano y caritativo. Hablando también con la Duquesa acerca del encantamiento de su Dulcinea y de Sancho como posible gobernador, Don Quijote lo define de una manera muy peculiar, para acabar diciendo que no lo cambiaría por nada del mundo:

Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante; tiene a veces unas

simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple o agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que lo condenan por bellaco y descuidos que lo confirman por bobo; duda de todo, y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no lo trocaría con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad (II, 32, p. 779).

Por eso no es de extrañar que en el momento más importante de la vida de Sancho, momento en que va a marcharse a la ínsula Barataria como gobernador, Don Quijote se acerque a Sancho de manera paternal para darle toda clase de consejos. Don Quijote es consciente que el gobernar es tarea difícil y lleva consigo una seria responsabilidad moral. Por otra parte, también sabe, que para saber gobernar a los demás, es necesario que antes uno sepa gobernarse a sí mismo. Está convencido de que el saber gobernarse y el saber gobernar encierran en sí complejas relaciones que afectan no solamente al alma, sino también al cuerpo. Por eso Don Quijote a esos consejos les dará un título significativo y específico: consejos para el alma y consejos para el cuerpo.

Los consejos para el alma los resume Don Quijote en dos principalmente. El primero y más importante: el temor de Dios (*Eclesiástico* 21:13).

Primeramente, ¡oh, hijo!, has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada (II, 42, p.840).

El segundo: conócete a ti mismo —extraído de la doctrina de Sócrates y cuyo lema figuraba en el arco de entrada del templo de Delfos:

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey, que si esto haces, vendrás a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra (II, 42, p.840).

Según Don Quijote, del cumplimiento de estos dos consejos se derivarán todas las posibles virtudes del alma: humildad, prudencia, justicia, misericordia, etc. Don Quijote sigue poniendo la virtud por encima de todas las cosas. La considera muy superior a todas las normas sociales y a todas las convenciones humanas, por ser algo ni prestable, ni repartible, ni comprable, ni vendible.

Para nuestro héroe el que escoge en la vida practicar la virtud y se siente orgulloso de hacer obras virtuosas, no tiene por qué tener envidia de los ricos y de los grandes, porque todas las riquezas materiales, los títulos y la sangre, se heredan, en cambio, la virtud no. La virtud hay que conquistarla a base de esfuerzo y de sacrificio. La virtud es individual e intransferible. Este conocimiento y convencimiento le obliga a Don Quijote a decirle a Sancho:

Mira, Sancho: si tomas por medio la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a lo que tienen los príncipes y señores; porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale (II, 42, p.841).

En cuanto al cuerpo, aunque material, y por tanto perecedero, siguiendo el pensamiento clásico se lo asocia con el alma de naturaleza inmortal, entendiéndose así el lema renacentista “*mens sana in corpore sano*”. Para que sea posible la armonía, el cuerpo, por su naturaleza inferior, tiene que subordinarse al espíritu y dejar que el alma, por medio de su voluntad, lo vaya perfeccionando y apartando de cualquier inclinación desordenada hacia las cosas materiales que pueda desviar al hombre de su último fin. En el pensamiento cristiano, al afirmarse que la divinidad mora en el alma del justo, automáticamente el cuerpo queda dignificado, convirtiéndose en templo del alma. Templo que merece respeto, porque ya no es simplemente materia, sino materia dignificada a la que se le ha asignado la función de receptáculo de espiritualidad. Es genuina doctrina de Pablo en la primera de sus epístolas a los corintios:

¿No sabéis que sois templo de Dios y que el espíritu de Dios habita en vosotros?...” “Porque el templo de Dios es santo y ese templo sois vosotros.” “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?...” “¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en nosotros y habéis recibido de Dios y que por tanto no os pertenecéis?” “Habéis sido comprados a precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo (Corintios, I, 3: 16-17; I, 6:15; I, 6: 19-20).

Todo parece indicar que Cervantes conociendo esa importancia dada al cuerpo en la doctrina cristiana, y apoyado en la autoridad de Pablo, después de los consejos para el alma hace que don Quijote le de a Sancho consejos para el gobierno de su cuerpo. Son una sencilla variedad de consejos: el aseo y limpieza de su cuerpo; el vestir correctamente, aunque de manera sencilla; el andar con cierta dignidad; el hablar pausadamente, pero sin afectación; el ser austero en la comida, porque la salud de todo el cuerpo se fragua en el estómago; el ser austero en la bebida porque la bebida fuera de los límites daña al cuerpo; el ser moderado en el sueño para poder ser diligente y cumplir con sus obligaciones; y un largo etcétera —hoy relegados al desuso la mayoría de ellos o más bien usados en abierta oposición.

Si sigue estos consejos, Don Quijote le augura a Sancho un perfecto gobierno, y no sólo un perfecto gobierno, sino una larga serie de bendiciones que en el Antiguo Testamento se prometen a los que temen a Dios y se ejercitan en la virtud:

“El temor del Señor regocija el corazón, da prudencia, alegría y longevidad” “La plenitud de la sabiduría, es temer al Señor, embriaga con sus frutos a quien la tiene” “Llena sus casa de bienes y sus graneros de frutos” “El temor del Señor es la corona de la sabiduría y hace florecer la paz y la salud. La raíz de la sabiduría es temer al Señor; y sus ramas, la longevidad” (Eclesiástico 1, 12; 1, 20; 1, 21; 1, 25)

Al final de los consejos al alma y parodiando las promesas del Antiguo Testamento Don Quijote descarga una lluvia de bendiciones sobre Sancho en un lenguaje lleno de emotiva delicadeza y de una rara perfección lingüística. Pura poesía en la que los significantes hacen más transparente la belleza del contenido. Y aunque esas bendiciones condicionadas van dirigidas al buen Sancho, por su alcance universal da la impresión de que van dirigidas a todos nosotros, y en ese nosotros están incluidos todos los posibles lectores a través de todos los tiempos:

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte, en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos (II, 43, p.842).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, edición y notas de Martín de Riquer, 2 vols., Barcelona, Juventud, 1958.
- DARÍO, Rubén, *Poesías completas*, Madrid, Aguilar, 1961.
- KRISTELLER, P., *Humanism and Moral Philosophy*, New York, Columbia University Press, 1961.
- , *Renaissance Thought and its Sources*, ed. M. Mooney, New York, 1979.
- SAGRADA BIBLIA, versión directa de las lenguas originales de E. Nácar y A. Colunga, BAC, Madrid, 1963.
- SCHMITT, C. B., *Aristotle and the Renaissance*, Cambridge, MA, 1983.
- UNAMUNO, Miguel de, “De la enseñanza superior en España”, en *Obras completas*, ed. de M. García Blanco, Barcelona, Vergara, 1958.